

"MARE NOSTRUM"

En su *Reperto de la América española y Pan-Hispanismo*, escribe el ilustre publicista argentino, doctor J. Francisco V. Silva, que "el espíritu se ensancha cuando mira que desde los Pirineos a Magallanes, y desde Magallanes al Río Grande, se acota en el mundo, y con el gran Océano como "Mare Nostrum", todo el contenido territorial de la civilización hispánica (1). En tan corto más expresivo período se condensa con raro acierto el alcance de la política atlántica que a la Península pertenece iniciar, saliendo al encuentro de las tendencias, todavía insintivas y vacilantes, de las diversas nacionalidades de la América indebidamente llamada "latina".

Y digo indebidamente llamada "latina" porque nada más contrario a la verdad de la geografía y de la historia que semejante designación, con la cual se pretende robar a españoles y portugueses uno de sus mejores títulos de gloria. Tratando tan importante tema escribe el considerado hispanista norteamericano Aurelio M. Espinosa: "En los últimos cuatro siglos, es decir, desde el descubrimiento del Nuevo Mundo hasta fines del siglo XIX, ningún escritor, historiador o filólogo de importancia usó los nombres de América latina, latinoamericano. Los franceses han usado por cuatro siglos el nombre Amérique espagnole; los ingleses y norteamericanos, el nombre Spa-

(1) Madrid, Beltrán, pág. 26.

nish America; los italianos, el nombre America Spagnuola, etc. Nosotros hemos dicho siempre, y todavía decimos: The Spanish Peninsula. El nombre América latina, por consiguiente, es un nombre nuevo, un intruso, y debe probar su derecho a existir.

La facilidad con que lo han adoptado algunos distinguidos escritores de nuestros días es sorprendente, prosigue el doctor Aurelio Espinosa. El nuevo nombre es no sólo vago, insignificante e injusto, sino, lo que es peor, anticientífico. Algunos han argüido que el nombre América latina se introducía por razón del Brasil. Es una falacia; porque el Brasil es portugués por origen, por cultura y por lenguaje, y proviene de Portugal, una parte integrante de la Península española: Hispania, España; por consiguiente, la América española, incluyendo el Brasil lo mismo que la Argentina y los demás países suramericanos. Todos los chicos de la escuela saben que la América del Sur fué descubierta, colonizada y desarrollada por España, incluyendo Portugal, del mismo modo que la región conocida ahora por los Estados Unidos fué, en su mayor parte, descubierta, colonizada y civilizada por Inglaterra o gentes procedentes de Inglaterra, incluyendo Escocia y Gales. Los nombres que se han usado en los últimos cuatro siglos, América española, hispanoamericano, son, por tanto, correctos. ¿Qué necesidad hay de adoptar nombres nuevos e incorrectos? (1)

No avanzaremos en el examen de la cuestión, examen absolutamente imprescindible para nuestro fin, en vista de que de la confusión de las ideas nacen, tanto en la vida individual como en la colectiva, los yerros de conducta, sin que se rectifiquen ciertas afirmaciones del transcrito testimonio. Por un equívoco que hasta en nuestro Garrett

(1) *América Española o Hispano América. El término "América latina" es erróneo...* Traducción de Felipe M. de Seitiens. Madrid, 1919.

se produjo, el doctor Aurelio Espinosa identifica "España" con "Hispania", "español" con "hispanico". Será así filológicamente, pero no dentro de las realidades sociales y políticas. Ya acentuamos aquí con argumentación superflua los motivos por los que los portugueses son "hispanicos". Esto no obliga a que sean "españoles", dada la circunstancia de que "Hispania" es un apelativo geográfico, mientras que "españoles" lo es nacionalista. De modo que nunca podremos admitir que la "América española" comprenda el Brasil, y que la colonización portuguesa del Nuevo Mundo esté en relación para con la España actual, como la colonización escocesa en los Estados Unidos lo estaría para con Inglaterra. Cuando Portugal descubrió el Brasil, su existencia como patria no se asemejaba en manera alguna en cultura y capacidad creadora a la Escocia establecida en los repliegues montañosos de la Gran Bretaña. Deben, pues, corregirse las aseveraciones del doctor Aurelio Espinosa, en el sentido de sustituir la denominación "América-española" por "Hispano-América", o "América-hispánica". Hecha esa corrección, conviene escuchar ahora sobre el mismo apasionado asunto a un vehemente apóstol del hispanoamericanismo, al señor J. C. Cebrián, que se acerca más al exacto sentido del problema cuando observa: "Además de las diez y ocho Repúblicas españolas, tenemos al Brasil, creado por Portugal, en donde se habla el portugués y se rige por leyes, usos y costumbres portuguesas. Pero hay que notar—añade—que ese país es también hispano, porque Hispania, como Iberia, comprendía Portugal y España nada más. De suerte que el apelativo hispano-americano comprende todo lo que proviene de Portugal y de España" (1).

Y el señor Cebrián continúa en términos merecedores de la mayor atención: "Examinemos francamente la cues-

(1) Transcrito del opúsculo citado, *América Española o Hispano-América*.

ción: "hasta hace poco los países hispanoamericanos eran el hazmerreír de Europa: el teatro francés del siglo XIX está lleno de chascarrillos desagradables contra los hispanoamericanos; entonces encontraban natural llamarlos por su apellido verdadero: español. Pero últimamente se ha notado que esos países han crecido, se han enriquecido, han cobrado fuerzas y prometen ser factores importantes en la historia futura; y en estas circunstancias ya les duele llamarlos españoles, y para evitar o borrarse ese nombre apelan al adjetivo latino. Cada vez que se dice o se imprime América española, o hispanoamericano, o Spanish-American, o Spanish-America, etc., etc., se anuncia el nombre de España; y nótese que es un anuncio legítimo, justo, verdadero. Cada vez que se dice, o se imprime, América latina, Latín América, etc., se deja de anunciar el nombre de España, y, en cambio, se anuncia el nombre latino, que equivale a Francia, Italia, etc.; de modo que se anuncian dos nombres: Francia e Italia, ilegítima, errónea e injustamente, puesto que ni Francia ni Italia han producido aquellas naciones, y al mismo tiempo se mata el anuncio legítimo de España."

Comenta en seguida el doctor Aurelio de Espinosa: "Poco podremos añadir al anterior examen. Latino significa hoy francés, italiano, provenzal, rumano, sardo, español, portugués. Pero como el señor Cebrián clarísimamente señala, la América española es española y portuguesa (española, hispánica, aclara al fin el publicista norteamericano), y no francesa, italiana, rumana o sarda. La civilización española es el elemento civilizador de la América española. España conquistó, colonizó, civilizó los países de Suramérica. Francia, Italia y Rumania no tuvieron parte en esta gran labor. Hoy estos florecientes países hispánicos están desarrollando una civilización, que tiene por base lo mejor de la sangre y del cerebro de la antigua España. Los elementos de la tradición india no han dado frutos apreciables. Los españoles trajeron el Cristianismo

a Suramérica; civilizaron a los indios, fundaron ciudades, iglesias, escuelas; desarrollaron la agricultura. Cerca de cincuenta millones de personas hablan hoy español en la América española; unos veinte millones hablan portugués. Estos son pueblos hispánicos, o españoles, puesto que hasta el erudito portugués Almeida Garret cree que el nombre de español puede muy propiamente usarse para incluir a los portugueses."

Explicado como anteriormente queda la equivocación sincera de Garret, ya vimos por qué esto no puede ser. Pero no se invalida con ese detalle la lógica hermética de las razones de Aurelio Espinosa. Es muy conveniente reproducirlas totalmente, porque en cuestión tan magna como es la de las relaciones de la Península con sus hijas las nacionalidades americanas nunca seremos prolijos por esforzarnos en iluminarla con el mayor número de datos de que dispongamos. Insiste el aludido publicista:

"Como el señor Cebrián admirablemente indica, no podemos llamar América teutónica a la América inglesa. Esto sería, sin embargo, un exacto equivalente de América latina. Hay en los Estados Unidos más alemanes, suecos, noruegos y holandeses que franceses, italianos y rumanos en la América española. Más propio sería, por lo tanto, el llamar a los Estados Unidos América teutónica, y a los habitantes de este país teutones o teutónicoamericanos o germanoamericanos, que el llamar a nuestros vecinos meridionales latinoamericanos, y a su tierra América latina. Pero ninguno de los dos casos estaría justificado. Los Estados Unidos representan un desarrollo de la civilización anglosajona, y hablan el idioma inglés, y los países de Suramérica representan un desarrollo de la civilización española, y hablan español y portugués. No hay, por consiguiente, justificación ninguna para el nuevo nombre América latina y sus derivados. Por razones históricas, la justicia pide que los nuevos nombres sean relegados. Si España merece la gloria de haber civilizado y desarrollado esas co-

marcas meridionales, ¿qué diremos de las poderosas naciones que quieren privarla de esta gloria? ¿No sería uno de los crímenes de la Historia llamar en adelante a los países de habla inglesa de Norteamérica, Canadá y los Estados Unidos, América teutónica o germánica? ¿No es, por tanto, un crimen histórico llamar a los países de habla española y portuguesa de Suramérica, América latina? “Dad al César lo que es del César” (1).

Después de tan prolongada y metódica conspiración de silencio contra la obra civilizadora de las dos patrias peninsulares (¿no pregunta el enciclopedista Masson de Morvillers lo que España hizo de grande o útil para la Humanidad!), la campaña mudó de rumbo al procurar envolver cuanto habían creado de gigantesco e inmortal Portugal y España, en un sospechoso *latinismo*, de transparente factura revolucionaria. Lástima es que, enteramente fascinados por la superstición de Francia, madre de la Latinidad—superstición sólo propia de arrivistas o de mestizos intelectuales—, escritores de valor innegable como, por ejemplo, el peruano F. García Calderón, en su libro “Les démocraties latines de l’Amérique” (2), concedan fueros de verdad a un mito que es preciso reducir cuanto antes a su vana inconsistencia. Entristece, en efecto, el ver un espíritu brillante y claro abandonar al romanticismo arcaico de los “Principios Inmortales” y rematar un suculento volumen de más de 300 páginas, en el que hay penetración crítica, agudeza psicológica y sentido de las relatividades, con una apología de aquellos sofismas que son exactamente las fuerzas relativas que hasta ahora han incapacitado a la América hispánica para asumir en el mundo la supremacía que le pertenece.

“L’Amérique, aujourd’hui déserte et divisée — declara

(1) Ved también la opinión del doctísimo Bonilla y San Martín en el capítulo “América española”, de su reciente libro *Los mitos de la América precolombina*, Barcelona, 1923.

(2) París, Flammarion, 1912, prefacio de Poincaré.

García Calderón—sauvera la culture de France et d’Italie, l’héritage de la Révolution et de la Renaissance, et aura ainsi justifié jusqu’au bout l’heureuse audace de Christophe Colomb.” Se pregona esta enormidad, en que todo el antagonismo estructural de la América hispánica con el viento desatado del 89 es estúpidamente negado, después de una confiada visión del futuro condensada por García Calderón en términos dignos de archiversarse. “Si dans une Europe dominée par les germains et les slaves, les peuples de la Méditerranée sont forcés de reculer dans une exode pénible vers la mer bleue peuplé d’îles grecques et de symboles anciens comme le monde, il est probable que le mythe antique se réalisera de nouveau et que le flambeau qui contient l’ideal de la civilisation latine, passera de Paris à Buenos-Ayres ou Río de Janeiro comme de Rome à Paris, dans l’époque moderne, comme de Grèce à Rome dans l’époque classique.” Sin duda, si la catástrofe se consumase, Dios reservaría a la América hispánica el destino enorme de ayudar a salvar la “civilización occidental”—y no “civilización latina”—, ya que de esta expresión se excluye el Catolicismo, para abrazar el Renacimiento y la Revolución, lo que en síntesis significa la negación absoluta del referido tipo de civilización. Pero, incrustado definitivamente en el Atlántico, lo que hay de vivaz y eterno en la civilización occidental, la América hispánica encontrará a su lado, para la misma cruzada, a las dos patrias de la Península, que dieron su sangre por la dilatación de la ley del Espíritu—y “espiritualizar” es “civilizar”, ¿no lo olvidemos!—, convirtiéndose así, a semejanza del Crucificado, en verdaderos Cristos infamados, insultados y martirizados.

Víctimas precisamente de los falsos ideales que García Calderón saluda como patrimonio de la “civilización latina”, la resurrección de Portugal y de España a las realidades de la Historia coincidirá, al inverso de lo que supone el autor de “Les démocraties latines de l’Amérique”,

con la guerra sistemática a cuantas metafísicas bastardas se abrigan en el lugar común tan desacreditado del "latinismo". El desvío ideológico que perturba el pensamiento, por otra parte brillantísimo, de García Calderón, es tan amplio y tan profundo, que, persistiendo en confundir "hispanismo" con "latinismo", no duda en escribir, contra la evidente razón de los hechos, y a propósito de la convergencia incesante de la emigración más varia a los países del Nuevo Mundo: "Cette confusion de races, du Nord au Sud, laisse en présence deux traditions: l'anglo-saxonne et l'iberolatine; leur force d'assimilation transforme les races nouvelles. Anglais et espagnols disparaissent; seuls subsistent les deux héritages moraux." Luego el escritor peruano añade: "On découvre facilement cette tradition latine chez les Américains du Sud. Ils ne sont pas exclusivement des espagnols ou des portugais: au legs reçu d'Espagne se sont unies de tenaces influences originaires de France et d'Italie." ¿Cuáles son esas influencias? Indudablemente, las del Catolicismo, y antes las de la cultura jurídica de Roma, como si para el enriquecimiento de tan alto patrimonio humano España, al declinar de la Edad Antigua, no hubiese contribuido, por lo menos tanto como la vieja Galia o la vieja Italia.

Basta recordar que ya el Emperador Claudio II proclamaba a las Galias y a las Españas sustentáculos del Estado: "Galias et Hispanias vires Reipublicae." Séneca, Lucano, Marcial, Trajano y Teodosio son nombres que documenta la riqueza del esfuerzo realizado por España en la común labor del Imperio. Después, en el esparcimiento del Cristianismo, nadie desconoce el que la arraigada fisonomía apostólica del genio hispánico contribuyó a difundir y vigorizar el universalismo de su sementera. El *Credo*, su plena fórmula de Fe, salió de la pluma de Osó, obispo de Córdoba y "Padre de obispos", a quien los últimos defensores del paganismo atribuyen, con insultos, la conversión de Constantino. Anteriormente, si Roma nos legó

moldes de sociabilidad superior, no es menos cierto también que de las costumbres e instituciones de los primitivos peninsulares, muchos elementos emigraron hacia el espejismo, ya suficientemente diluido, del "latinismo". El notable publicista don Joaquín Costa, en sus *Estudios ibéricos*, levantó la punta del velo. Y según el parecer de doctísimos catedráticos, como los profesores españoles Urquía y Saldaña, del tesoro consuetudinario de las antiguas poblaciones hispánicas derivan, entre otras curiosas y útiles manifestaciones del derecho tradicional, el "régimen comunal", que aún subsiste en diversas localidades de Castilla la Vieja (tierra de campos); las *behetrias*, la *comunidad doméstica* de Galicia, Portugal y Aragón, hoy extinguida entre nosotros; el mismo *Concejo* medieval, más emparentado con la *aljama* o *yemaa* berberisca, que con el *Municipio*, de importación latina. Más tarde, la imposición violenta del Derecho Romano destruyó todas esas ricas y fecundas experiencias sociológicas, enraizadas al correr de los siglos, y en cuya práctica descubrimos ahora soluciones inesperadas para muchos de los atormentados problemas de nuestra época. ¿Cómo quiere, pues, García Calderón que la América, desde el punto de vista de la civilización, por el hecho de ser "latina", sea francesa o italiana, tanto o casi tanto como española y portuguesa?

Añade, sin embargo, algo más: y es la transformación que los Concilios de Toledo introdujeron en la vida moral y política de los pueblos occidentales tenidos como "latinos". Solamente por este aspecto la Península consiguió ser la grande y diligente obrera de la única "latinidad" posible: la que nace de la Iglesia. García Calderón no lo quiere entender así. Y helo ahí ribeteando con pericia extrema una argumentación en que lo *excepcional* se presenta como *general*, argumentación capciosa de sofista que conoce el fondo de las cosas; pero a quien conviene desvirtuarlo. Oigámosle: "Des lois d'origine espagnole régissent l'Amérique: elles tracent le rigide de la vie civile.

Et ces lois, en dépit de forts éléments féodaux, c'est de Rome qu'elles viennent. Sous l'influence du droit latin, Alphonse X unifie la législation espagnole, durant la première moitié du XIII siècle; trois siècles après les espagnols colonisent l'Amérique. Les Partidas, vaste encyclopédie de droit et recueil des lois castillanes, sont un code romain." Y siempre en el mismo tono, del Derecho Romano al Absolutismo, García Calderón procura despojar a la Península de sus trazos originales para deshacerla en la uniformidad del molde que él clasifica de "latino", terminando por terminar sus generalizaciones—¡que otro no es su fin!—a la América hispánica.

Reconoce, es cierto, al catolicismo una acción fundamental en la génesis de las patrias suramericanas. "Le catholicisme est aussi une religion sociale", afirma con pretenchiosa condescendencia. "En Amérique, il créa la patrie brésilienne contre le danger hollandais; il fonda des Républiques chez des Indiens hostiles à toute vie organisée; répandit l'énergie latine, favorisa du Nord au Sud la constitution de sociétés et de gouvernements nouveaux." Y concediendo aquí lo que más adelante retira, el autor de *Les démocraties latines de l'Amérique* agrega, sin rebozos ni disfraces, en su bien marcada prestidigitación retórica: "Sous la double pression du catholicisme et de la législation romaine, l'Amérique se latinise. Elle apprend à respecter les formes et les lois, à subir une discipline tant dans la vie religieuse que dans la vie civile. Les idées françaises, s'ajoutant à ces influences, préparent d'abord la Révolution, puis gouvernent les esprits américains depuis l'époque de l'indépendance."

Pero el colmo del escamoteo—perdónenme los lectores si pierdo la serenidad—no se alcanzó aún. "Ces idées (las ideas francesas, como vimos) constituent une nouvelle pression latine. La France est dans les temps modernes l'héritière du génie de Grèce et de celui de Rome: en limitant jusqu'à l'excès, les ibéro-américains, s'assimilent les

éléments essentielles de la culture antique. Nous trouvons dans l'esprit français—prosigue García Calderón—le sens du goût et de l'harmonie, le *lucidus ordo* des classiques, l'amour des idées générales, des principes universels, des droits de l'homme, la répulsion pour les brumes du Nord et la lumière trop violent du Midi, le rationalisme, la vigueur logique, l'émotion devant la beauté et le culte de la grace. La France a été une maîtresse de sociabilité et de littérature pour les démocraties américaines: son action est déjà séculaire. Voltaire et Rousseau furent les théoriciens de la période révolutionnaire; Lamartine fit connaître le lyrisme et la mélancholie romantique; Benjamin Constant, la théorie de la politique, et Verlaine, les lamentations de la décadence." Y como si se dirigiese a un auditorio de semianalfabetos, el publicista peruano resume lo dicho con la mayor naturalidad en un período que es expresivo en todo, en las intenciones y en la inconsistencia: "Soit indirectement par l'influence de la pensée et de la littérature de l'Espagne et du Portugal, soit directement, ces Républiques ont vécu d'idées françaises."

Se muestra bien patente el proceso de adulteración sistemática, tanto histórica como política, que se empeña en robar a la Península, a la madre Hispania, el florón más rutilante de su corona de gloria. Francia, que a la hora en que nosotros defendíamos la civilización europea no dudaba en aliarse al turco, casi señor del Mediterráneo, se esfuerza ahora por apoderarse, gracias al "latinismo" de fabricación dudosa, de aquel patrimonio cultural en que nada le pertenece, a no ser, por ejemplo, las expediciones de presa del calvinista Villegagnon a las costas del Brasil. Y lo que entristece es que haya inteligencias, a quienes debía iluminar el sentido superior del *Hispanismo*, que no titubean en mutilar el pasado de su raza para subordinarlo a las exigencias de un éxito literario y transitorio. Muy bien pudiera preguntarse a García Calderón si la penetración del espíritu francés en la Península corres-

ponde o no a una señal de decadencia, tanto de Portugal como de España propiamente dicha. Pudiérasele preguntar si, por el contrario, no recibió la Francia de su gran siglo, del siglo XVII, las inspiraciones y los ejemplos sociales y artísticos de su contemporánea España. No negaría, ciertamente, el autor de *Les démocraties latines de l'Amérique* que, en los sentimientos y en los hábitos, la su tan predilecta Francia es hija de la sensibilidad lusitana, como lo prueba la sugestión de la *Diana*, de Jorge de Montemayor, en la *Astréa*, de Honoré d'Urfé; como lo demuestra la dictadura emotiva de las *Lettres d'une religieuse portugaise*, de que Jean Jacques Rousseau recogería un sutil veneno, para universalizarlo después con la psicosis romántica. Y si García Calderón, que deja de ser para nosotros un individuo para convertirse en un símbolo—el símbolo de cuantos afrancesados andan ahora repitiendo el anacrónico figurín mental de la “Francia, madre del género humano”—, si García Calderón hojease los trabajos notabilísimos de Gilbert Chinarda, profesor de la Universidad de California (*L'exotisme américain dans la littérature française au XVI siècle d'après Rabelais, Ronsard, Montaigne, etc.*) (1), “*L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII et au XVIII siècle*” (2), y finalmente “*L'exotisme américain dans l'oeuvre de Chateaubriand*” (3), enseñará que la misma América que él encara como redimida del pecado original de la selva por el milagro del genio galo, perturbó, por el contrario, grandemente a la Francia de sus amores, al punto de que Ronsard y Malherbe, lejanos abuelos de la “Bondad Natural”, de Rousseau, excitados por la presencia de indios brasileños en las márgenes del Sena, exclamaron, entre languidecientes y meditativos, que no se alterase la dulce inocencia de ese...

(1) París, Hachette, 1911.

(2) París, Hachette, 1917.

(3) París, Hachette, 1918.

“... peuple inconnu
d'habits tout aussi nud, qu'il est nud de malice,

porque,

Ils vivent maintenant en leur age doré.”

Montaigne, más que ninguno, se muestra como un inflamado panegirista del “estado salvaje”, para él especie de “estado de gracia”. Y apurando las impresiones apasionadas del siglo XVI francés acerca de un tema tan nuevo como embarazoso, Gilbert Chinard condensa su opinión en el siguiente juicio: “Nous ne rechercherons pas où était la vérité dans les opinions si diverses et si contradictoires sur les sauvages américains qui avaient cours au XVII siècle. Nous avons vu comment deux théories radicalement opposées s'étaient établies: l'une considérant des habitants du Nouveau Monde comme des animaux à peine supérieurs, l'autre au contraire voyant en eux des êtres plus heureux et aussi plus raisonnables que les européens. Dès cette date se pose le problème qui devait diviser pendant plus de deux siècles nos écrivains et nos philosophes, c'est le procès de la civilisation qui commence.”

Añade Gilbert Chinard: “La renaissance de l'antiquité avait contribué pour une grande part à la formation de cet état d'esprit, mais sans la découverte de l'Amérique, qui vint mettre le feu aux esprits, jamais il n'aurait pu subsister et se développer, à un tel point qu'il mettra un jour tout la société en peril avec J. J. Rousseau et ses trop ardents disciples.”

Por esta transcripción se marca bien la importancia de este problema del “indianismo” literario y de su influencia en la insurrección individualista, que produjo el viento loco del Romanticismo. Es legítimo concluir casi, aunque sea con disgusto de publicistas devaneadores estilo García Calderón, que Francia, la Francia del Renacimiento y

de la Revolución, debe más a la América, acabada entonces de salir del misterio de su primitivismo, que América a esa Francia, que una retórica desenfadada y manida trata de presentarnos como la inmensa y nunca exhausta ubre de la latinidad. De manera que, frente a lo alegado y expuesto, supongo suficientemente convencidos a mis lectores de que no hay una *América latina*, y de que en la América, designada abusivamente como tal, el fondo social y cultural es el fondo común de la raza, es el fondo hispánico.

Como testimonio terminante, apelemos en última instancia al insigne uruguayo José Enrique Rodó, tan eminentemente representativo de las tendencias intelectuales de la América española. "No necesitamos los suramericanos—confiesa en su *Ariel*—, cuando se trata de abonar esta unidad de raza, hablar de una América latina; no necesitamos llamarnos latinoamericanos para levantarnos a un nombre general que nos comprenda a todos, porque podemos llamarnos algo que signifique una unidad mucho más íntima y concreta: podemos llamarnos iberoamericanos, nietos de la heroica y civilizadora raza que sólo políticamente se ha fragmentado en dos naciones europeas, y aún podríamos ir más allá y decir que el mismo nombre de hispanoamericanos conviene también a los nativos del Brasil; y yo lo confirmo con la autoridad de Almeida Garret, porque siendo el nombre de España, en su sentido original y propio, un nombre geográfico, un nombre de región, y no un nombre político o de nacionalidad, el Portugal de hoy tiene, en rigor, tan cumplido derecho a participar de ese nombre geográfico de España como las partes de la Península que constituyen la actual nacionalidad española; por lo cual Almeida Garret, el poeta por excelencia del sentimiento nacional lusitano, afirmaba que los portugueses podían, sin menoscabo de su ser independiente, llamarse también, y con entera propiedad, españoles."

Se yerra también de modo considerable cuando, a tra-

vés de los criterios reflejados por el autor de *Les démocraties latines d'Amérique*, se considera la emancipación de la América hispánica como una consecuencia de la Revolución Francesa. Más orientadas, indudablemente, son las opiniones del ilustre uruguayo Luis Alberto de Herrera, en su conocidísimo libro *La Revolución Francesa y la América del Sur* (1), anterior al volumen de García Calderón; así se asevera significativamente que América del Sur derramó caudales de sangre en homenaje al *Contrato social*, definiéndose por *plagio pernicioso* la aclimatación a un nuevo mundo de las ideologías salidas de la inspiración alocada de Rousseau. Revolviéndose noblemente contra la *fascinación francesa*, Luis Alberto de Herrera observa que en la América del Sur, bajo la mentira, tan explotada, de la soberanía del pueblo, decenas de veces las fracciones territoriales se han visto negramente tiranizadas, a excepción de Chile y del Brasil, salvados de la disgregación cierta: "el primero, en virtud de su organización aristocrática, y el segundo, por el refugio que encontró en la Monarquía constitucional".

Pero no se quedan aquí las rectificaciones a la tesis que, siendo de tantos, reaparece con singular relieve en el libro de García Calderón. No ha pasado mucho tiempo desde la aparición de un estudio, que provocó ruidosos comentarios. Me refiero al trabajo de Marius André *La fin de l'empire espagnol d'Amérique*, con prefacio de Charles Maurras. Se creía, como si fuera cosa dogmática, que la emancipación de los virreinos españoles en el Nuevo Mundo habría resultado del prestigio libertador de la Revolución Francesa. Pues Marius André nos demuestra lo contrario. "Pour que le mouvement d'émancipation ébranle les masses, réussisse et aboutisse à la république, il fau-

(1) No conozco el original, valiéndome de la segunda edición de la traducción francesa, por Sebastián Etchbane. París, Grasset, 1912.

dra que le pleuplé d'Espagne se lève contre Napoléon, et que les sujets d'outre mer refusent aussi de se soumettre à l'usurpateur", explica Marius André. "L'indépendance et la république naitront, en Amérique, des manifestations unanimes de fidélité au régime dechu et à la religion catholique. La révolution hispano-americaine sera non seulement une fille de la révolution française, comme l'affirment de nombreux historiens européens, mais, au contraire une réation contre cette révolution, sur tout en ce que celle-ci avait d'anti-réligieuse."

La influencia de la Revolución francesa vino, es cierto. Pero vino, como lo dijo Luis Alberto Herrera, cuando las patrias suramericanas, salidas del período colonial, necesitaron asentar en bases sólidas su unidad moral y política. Las disensiones constantes, la guerra civil por hábito permanente, el *caudillismo* (valga la palabra), con todos los vicios de su improvisación pretoriana, he aquí en lo que se tradujo para la América hispánica el contagio del 89 galo, o sea el "plagio pernicioso" en la expresión inolvidable de Herrera.

No se contentó, sin embargo, con promover el desorden, como un bacilo crónico de anarquía, esa importación de los inmortales principios. Caracterizada por el odio más frenético a las raíces santas del pasado, cavó entre las nuevas patrias, que, tiernas aún en su estructura de Estados recientes, se entregaban sin reservas a la embriaguez del viento democrático, y a su antigua y tutelar metrópoli, un abismo tan hondo y tan abierto, que durante casi un siglo ni una simple aproximación espiritual fué posible. Al fin y al cabo, ¿quién perdía con eso? Lo perdían las propias personalidades que tan insensatamente renegaban de sus antecedentes históricos, de modo de no quedar en más, despojadas como se despojaron de los lazos tradicionales, que en un revuelto y confuso borrón de mestizos en pleno libertinaje. Ahora bien; en esa parte negativa es en lo que América hispánica es deudora a Francia.

de una deuda que sólo la ennegrece y deprime ante sí misma.

Tan funesto período corresponde, según el doctor J. Francisco V. Silva, a la desnacionalización de las naciones hispanoamericanas. Por un lado, lo que el apasionado publicista argentino condensa en una sola palabra: la *yanquización*; por otro, la atracción de París; tales son los factores que más han contribuido para que en la América hispánica se debilitasen por completo los vínculos que la ataban a la unidad fecunda de su civilización. A los que se van a bañar a París en las aguas sucias de una supuesta capital del orbe culto, da el escritor colombiano Blanco Fombona un golpe de muerte, al que no resisten. "Pero nadie inspira más risa y más desprecio a este país de buen humor (Francia) que los latinoamericanos, a quienes engloba con el simpático y popular epíteto de rastacueros. Nos desprecia y tiene razón. Sus puntapiés, ¿no los pagamos con sonrisas? ¿No admiramos a los franceses en la forma más vil de la admiración, imitándoles? O mejor dicho, ¿parodiando su talento con nuestra mediocridad, su gracia con nuestro amaneramiento, su ironía con nuestros chistes de cien kilos?"

Respecto al progreso material de América hispánica, son del doctor J. Francisco Silva los informes que reproducimos: "Nuestra América está mediatizada por los enemigos europeos y tradicionales de la raza hispánica desde 1810. No fabrica ni sus cañones, fusiles y armamentos, ni buques de guerra, acorazados y torpederos, ni locomotoras, turbinas y artefactos. Esto es pobreza en países de tierras ricas; es dependencia del Extranjero, aun proclamando vanas libertades; es atraso en países de hispánicos impulsos; sin embargo, todos quieren explotarlos, porque bajo su cielo el oro se centuplica; todos envidian su riqueza, que un día será magnífica, y son el pasto de la humana ambición." Así se comprende que el doctor J. Francisco V. Silva valientemente declare que el patriotismo, al

otro lado del Océano, sea un "patriotismo absurdo, impuesto por burguesías hispanóforas y extranjeras, que han secuestrado el poder en América española, desnacionalizándola".

Todo este largo camino de decadencia se reduce, pues, a una sujeción humillante: sujeción literaria en relación a Francia; sujeción económica en relación a Inglaterra; sujeción inmigratoria en relación a Italia, y sujeción política en relación a los Estados Unidos. Claro que el caso del argentino es el caso especialmente enfrentado por el nacionalismo ardiente del doctor J. Francisco V. Silva. Pero sus reflexiones, por desgracia, se extienden y abarcan toda la América hispánica.

Verdaderamente, si meditamos un poco en el estado de anarquía crónica en que el liberalismo mantiene las jóvenes nacionalidades hispanoamericanas, engañándolas con los falsos fulgores de un equivocado progreso material, acuden en seguida a la memoria las estrofas doloridas de Rubén Darío:

"Desdeñando a los Reyes nos dimos leyes
al son de los cañones y los clarines,
y hoy, al favor siniestro de negros Reyes,
fraternizan los Judas con los Caínes.

Bebiendo la esparcida savia francesa
con nuestra boca indígena semi-española,
día a día cantamos la Marsellesa
para acabar danzando la Carmañola.

Las ambiciones pérfidas no tienen diques;
soñadas libertades yacen deshechas.
¡Eso no hicieron nunca nuestros caciques,
a quienes las montañas daban las flechas!

Ellos eran soberbios, leales y francos,
ceñidas las cabezas de raras plumas.
¡Ojalá hubieran sido los hombres blancos
como los Atahualpas y Moctezumas!

Cuando en vientres de América cayó semilla
de la raza de hierro que fué la España,
mezcló su fuerza heroica la gran Castilla
con la fuerza del indio de la montaña!

Duelos, espantos, guerras, fiebre constante
en nuestra senda ha puesto la suerte triste:
Cristóforo Colombo, pobre almirante,
ruega a Dios por el mundo que descubriste!"

Tal es la angustia alucinada del poeta que siente el calvario patético de su América, mientras "la canalla escritora mancha la lengua en que escribieron Cervantes y Calderón". Esa alarma se amplió con el tiempo, y procura respuesta a sus ansiosas interrogaciones un grupo cada vez mayor de pensadores y artistas, estudiando con ahinco el regreso a la tradición hispánica, de que el extranjerismo desnacionalizador, para mejor dominarlas, consiguiera desarraigar casi totalmente las patrias hispanoamericanas. Sirviendo a la necesaria reacción contra el bajo ideal utilitarista de la vida, traducido en los sugestivos alicientes de la plutocracia contemporánea, Manuel Gálvez proclama abiertamente, con un noble heroísmo de inteligencia: "Contra las ridículas modas, contra las influencias extrañas que nos descaracterizan, pretende reaccionar el actual nacionalismo argentino. ¡Feliz y oportuna aparición la de este noble sentimiento! El nos exige dejar a un lado las tendencias exóticas y nos invita a mirar hacia España y hacia América. No odiamos a los pueblos sajones, a los que tanto debe el progreso argentino; no odiamos a la dulce Francia, cuyo espíritu elegante y armonioso tanto ha influido en nuestras cosas; no odiamos a esa ferviente Italia, que nos ha dado una parte de sus energías. Pero ha llegado ya el momento de sentirnos argentinos, y de sentirnos americanos, y de sentirnos, en último término, españoles, puesto que a la raza pertenecemos."

Ya antes el inspirado tradicionalista de *El solar de la raza* había comentado: "Los restos de hispanofobia en la

Argentina no desaparecerán mientras dure el huracán de esnobismo que nos tiene enfermos. La moda es la ley suprema. Un libro vale, si es moda, leerlo; una ciudad es "bonita" si la moda exige que la visitemos; la Argentina es una gran nación, porque está de moda en París. España no está de moda... Nada tan típico, sobre el esnobismo, como el consejo que me dió una vez cierto joven abogado, profesor y orador argentino. Me decía el excelente sobrino de Homais que hiciera imprimir y editar mis libros en Francia, pues los que se hallaban en tal caso "hasta parecían mejores". Y anunciando con llamaradas de creyente y de visionario los tiempos que van a llegar, Manuel Gálvez termina su bello prefacio, *El espíritu español*, de su citado libro, en una especie de himno, que es necesario reproducir: "Nosotros poseemos el secreto de la energía. Pero no será la nuestra una energía bárbara y automática como aquella que hierve sin cesar en los Estados Unidos del Norte de América. La nuestra es y será una energía armoniosa, una fuerza atemperada, de elegancia latina, un impulso inteligente, un brazo de un ser en quien la acción no ha destruído el ensueño. En consecuencia, el poeta de nuestra estirpe no será un Walt Whitman; los ritmos bárbaros; el tono bíblico, la inelegancia, el desorden del poeta yanqui, serían cosas extrañas a nuestra idiosincrasia." Y sin moderar su optimismo moderno, el escritor insiste: "Trabajemos para que llegue cuanto antes el día de las espléndidas realidades, que soñamos. La grandeza material ya comienza. Ahora debemos, en labor paralela, crearnos la otra. Aprovechemos, pues, los dones espirituales que nos hacen nuestros hermanos de Europa. Recojamos los viejos ideales latinos que ellos van perdiendo, y adaptémoslos a nuestra vida. Y, finalmente, dejemos que templen de espiritualidad a nuestras energías materiales, los efluvios de la España vieja. La decadencia del solar de la raza debiera ser, para nosotros, una fecunda fuente de ideales. En las ruinas suntuosas y tristes de la

España vieja, podemos hallar los grandes bienes que faltan a nuestra riqueza ascendente. Así, a las cumbres opulentas de oro llegan a veces, para atenuar su materialidad, vaguedades de aromas en que expresan su misterio los profundos valles."

En medio de tan grande, pero tan simpática exaltación, bien se adivina la renovación que está sufriendo América en sus más profundas razones de pensar y sentir. Eso no basta, sin embargo, para que sus íntimos males se remedien. ¡Hay que ir, y con perseverancia, mucho más allá! Quien lea *La ilusión americana*, ese rudo y sincero libro de Eduardo Prado, verá sin dificultad que la expansión de la doctrina de Monroe representa para la América anglosajona una pertinaz aspiración de imperialismo desorganizador y absorbente. La caída del Imperio en el Brasil significó la primera embestida de Wáshington, temerosos los norteamericanos de que al Mediodía del Nuevo Mundo se constituyese un poder más fuerte que el de su creciente plutocracia, gracias a las magníficas e incontestables virtudes del principio monárquico. La conciencia del peligro entrevisto por Eduardo Prado en relación a su patria, ha ganado ya hoy las mejores inteligencias hispanoamericanas. Ayudémonos con el ejemplo del ilustre mejicano Carlos Pereyra, de cuya pluma salieron dos expresivos volúmenes: *El mito de Monroe* y *El crimen de Woodrow Wilson*. Basta recorrerlo para convencerse que en la descomposición política de Méjico y en las disensiones tanto internas como externas de las otras Repúblicas de América hispánica, es siempre el dedo *yanqui* el que diligentemente maniobra.

En el prefacio de *El crimen de Woodrow Wilson* escribe Blanco-Fombona, otro hispanoamericano no menos representativo:

"Cuando Colombia se queja de Roosevelt por la cesión y raptó de Panamá; cuando Nicaragua maldice de Taft por escalamiento con fractura de la soberanía nicaragüen-

se; cuando Méjico increpa a Wilson por el desencadenamiento y mantenimiento de la anarquía en suelo mejicano; cuando Santo Domingo acusa al mismo sonreído y cartilaginoso luterano de que hable de libertad, de derecho de vida, mientras dispone expediciones militares que llevan a esa Antilla la esclavitud, la barbarie y la muerte, prueban Santo Domingo, Méjico, Nicaragua y Colombia que no conocen el problema de que son víctimas, y que mientras no lo conozcan y comprendan, los Estados Unidos de la América sajona invadirán, descuartizarán y reducirán a coloniaje a los Estados desunidos de la América latina." Los "Estados desunidos" de la América que Blanco-Fombona apellida "latina", sacrificando a un falso concepto. No conozco en verdad expresión que mejor defina la ausencia total de hermandad que dilacera y va entregando a la bota del enemigo común a las nacionalidades hispano-americanas... Y continúa el mencionado autor sus consideraciones sobre tan punzante y actualísimo tema:

"Cuando la Argentina, por estar un poco más distante del ogro, cree—Zeballos es legión allí—que nada le va ni le viene con lo que hagan los yanquis en el resto del continente, prueba Argentina que su visión política es limitadísima y que no tiene derecho a vivir dentro de medio siglo, pueblo que no columbra su destino con medio siglo de antelación." En lo íntimo de todo esto, ¿qué problema es ese tan mal conocido de las naciones enumeradas por Blanco-Fombona, y por ello mismo víctimas del despotismo financiero de los Estados Unidos? Respóndanlos el propio Blanco-Fombona: "La gran lección de este crimen de Woodrow Wilson consiste en divulgar lo que nunca debemos perder de vista en la América latina, que no es Wilson, ni Taft, ni el ridículo Roosevelt, ni ningún presidente, ni los republicanos, ni los demócratas, ni ningún partido presente o futuro, el enemigo de América, sino que el enemigo tradicional, presente y futuro, de América, es la República de los Estados Unidos. Están frente a frente dos razas: la de

origen latino y la de origen sajón; dos Américas: la que nació de la Europa meridional y la que nació del Norte europeo; dos concepciones de la vida: la idealista y la sanchopancesca; dos sectas: el catolicismo y el protestantismo; dos ideas sociales: el individualismo y la solidaridad; dos civilizaciones: la del Mediterráneo y la de mares y tierras hiperbóreas."

¡Y no fuimos más lejos! Se produjeron los elementos suficientes para abrazar en toda su amplitud la estrecha relación que existe entre el *Hispanismo*, como fórmula de aproximación peninsular, y el *Hispanoamericanismo*, como convergencia necesaria hacia el mismo punto de defensa y de desenvolvimiento común de las diversas nacionalidades hispánicas del Nuevo Mundo. Padecen esas nacionalidades, principalmente en su odio romántico a la Península, su madre común, las consecuencias de una larga y persistente infiltración extranjera. Si en las naciones de origen español, con merced a una activa campaña intelectual, el regreso a los caminos de la verdad comenzó ya a acentuarse, el "nativismo" en el Brasil, despreciando entre otros avisos el del nada sospechoso Silvio Romero, no duda en romper todas las amarras que ligan la patria brasileña al pasado, al glorioso pasado de Portugal. Se llega hasta el extremo de aclamar como un puro tipo del brasilero naciente a Calabar, un traidor, que no dudó en abandonar a sus hermanos de armas para pasarse a su enemigo el holandés.

Jamás debe olvidar el Brasil los aplausos que la colonización portuguesa arrancó a Eduardo Prado, colonización católica, creadora de pueblos, como la española, y no simple ocupadora de territorios, donde la caza al indígena se hacía proceso sumario de dominio, como sucedía con Inglaterra. Bien esperamos que la tendencia mental del Brasil se modificará sensiblemente, con más justicia y más meditación en las lecciones de la Historia. El esfuerzo de Elycio de Carvalho, con las páginas fuertes y sinceras de

su *Bastioes da nacionalidades*, representa ya una sensible modificación del ambiente. Pero a Elysio de Carvalho y a sus colaboradores de la *América Brasileira*—que el ilustre y querido camarada nos perdone la franqueza, tal vez nn tanto desabrida—les falta una *doctrina*, una *filosofía*. Como nacionalistas, su *doctrina*, su *filosofía*, tendría que ser ineludiblemente *antidemocrática*, o, por mejor decir, *contrarrevolucionaria*. Es, por otra parte, la filosofía que el Brasil ya posee en las bellas campañas de Jackson de Figueiredo, mi hermano en la misma doble fe religiosa y tradicionalista. Pero, ¡ay de nosotros!, Jackson de Figueiredo participa un poco de la lusofobia de los *nativistas*, como con dolor deduzco de la lectura de su opúsculo *Do nacionalismo na hora presente*. Apunta ahí justamente Jackson de Figueiredo la diferencia que hay para un americano entre revolución, o sea “la violenta separación que establecemos entre nosotros y las metrópolis”—dice el eminente autor de *Pascal e a inquietação moderna*—, y la revolución cuando, hecho moral e ideológico, supone la negación de los dogmas nacionales, “paralela casi siempre a la negación religiosa”. El desacuerdo comienza, sin embargo, cuando asignando al “portugués” cualidades de “extranjero” en el Brasil, lo considera en el mismo pie de igualdad que al francés, al alemán o japonés. En esto nos distanciamos profundamente, entendiendo que el “nacionalismo” de Elysio de Carvalho en este aspecto del problema se coloca más dentro de los principios tradicionalistas que el patriotismo alarmado de Jackson de Figueiredo. Ya hemos explicado el porqué.

En su mencionado estudio *Reparto de América española y Pan-Hispanismo*, observa J. Francisco V. Silva que una cosa son los “argentinos étnicos” y otra los “argentinos legales”, siendo el “hispanismo” de los primeros *estructural*, mientras que el de los segundos es meramente *formal*. La Gran Guerra demostró perfectamente que no pasaban, en efecto, de una ficción peligrosa las facultades

de naturalización consignadas en los Códigos contemporáneos; ahora bien, conceder en el Brasil al portugués la situación que concede al alemán o al francés es caer en un lamentable vicio de perfección, bastante para sorprender en espíritus tan tocados de las realidades interiores como el de Jackson de Figueiredo. Pero no fundiéndose con la masa de los ciudadanos brasileños el portugués es menos amenazador que el alemán, el japonés o el norteamericano, que, disfrazándose por la naturalización de “brasileños legales”, no se acomodarán jamás a aquello que constituye la esencia de la patria brasileña: su lengua, su tradición y su cultura. ¡Que lo digan los Estados del Sur, con su bien viva experiencia del *Deutschtum*!

Es cierto que en el desconocimiento total de todas las dificultades que rodean al delicado problema de la aproximación lusobrasileña se habla aquí y allá a cada momento de Confederación—¡nada menos que de la Confederación, señores!—de Portugal y Brasil (1). Es cierto que se ignora enteramente que el Brasil, en la margen opuesta del Océano, repitió con elementos propios el *processus* de la desmembración histórica que Portugal efectuó en la Península para con el bloque asturleonéscastellano. Se engañan, y bien torpemente, los que nos juzgan “eterna metrópoli”, considerando al Brasil “colonia perpetua”. Pero por semejante y abominable concesión tendrá que comprobarse solamente que en Portugal el Estado para nada representa la acción, y que los intelectuales estilo Julio Dantas, exportados diariamente para Río en los anuncios telegráficos de las grandes Agencias de información, no disponen de la menor raíz en el sentimiento ni en la conciencia colectiva de Portugal. Y lo que puede y ha de aproximar al Brasil a Portugal es lo que puede y

(1) Escrita esta página antes de la aparición del notable libro del doctor Bettencourt-Rodrigues, claro está que no nos referimos a tan elevada manifestación de patriotismo.

ha de aproximar a España a las nacionalidades hispano-americanas: la custodia y el prestigio de un tipo de civilización, que a todos los hispanos pertenece por igual, y que, siendo la base fundamental de su razón de ser como patrias libres, es, simultáneamente, como simple programa de conservación, el "programa de conservação", en que Moniz Barreto insistía, por lo que respecta a Marruecos, la afirmación de un natural e irresistible *supernacionalismo*.

Por ese *supernacionalismo*, traducido en una alianza o especie de *Liga* o *anfictionia*, Portugal y España recobrarán en Europa la preponderancia que en derecho les corresponde, al paso que en América las patrias que de la Península proceden, curadas de las llagas que internamente las laceran, limadas las aristas que las hacen eternamente susceptibles y ponen en un estado de desconfianza permanente, no retrasarán el momento de alcanzar el esplendor y la supremacía para que Dios las convocó. No es otro el contenido de la civilización hispánica, otra no es la política del Atlántico, *mare nostrum*. De suceder lo contrario, divididas, cultivando constantemente la disidencia y la mediocracia, víctimas del error democrático y de un engañoso "latinismo", sólo nos aprestaremos, peninsulares e hispanoamericanos, a hacer posibles los vaticinios de Sánchez de Toca en su libro *Del poder naval en España*. Son éstos: "No queda para los designios de nuestro linaje más que la siguiente alternativa: o que todos los elementos de nuestra nacionalidad, a una y otra margen del Océano, tomen vigorosa constitución económica y política y se concierten en íntima solidaridad de nuestra ayuda para mantener el nombre, la lengua, los intereses, el respeto de la personalidad internacional, la independencia y soberanía de la raza creadora del mayor poder y majestad y de la más intensa acción civilizadora que ha conocido la tierra desde los días de la grandeza romana, o bien que estos elementos de nuestra raza se resignen a

no figurar ya sino como restos descompuestos y cadáveres de naciones que los nuevos Imperios devoren o soterran, a título de sanear la superficie del planeta." Tal es, inevitable e innoble, nuestra certeza de muerte. Si ha de labrarse, la labraremos con nuestras propias manos.

Pero si unida a nuestra voluntad—la voluntad, en fin de cuentas, de una minoría esclarecida y audaz, porque de una exclusiva labor de inteligencia se trata—a la voluntad evidente de Dios, nos lanzamos resueltamente al encuentro del futuro, de nuevo los hispanos prepararán una edad nueva en el mundo. Edad neocristiana, edad restauradora del espíritu, la edad que ya Oliveira Martins veía entre las nieblas de su pesimismo filosófico cuando en el epílogo de la *Historia de la civilización ibérica* escribió: "Nosotros creemos firme y rectamente, y hasta piamente, expresando por este adverbio nuestra fe en el orden universal, en la futura organización de las naciones de Europa; creemos, por tanto, en una España venidera, más noble y más ilustre aún que lo fué la del siglo xvi. Creemos también que ya hoy navegamos en el viaje para ese puerto, aunque las neblinas enturbien la vista de los nautas ahora que apenas acabamos de largar de las costas del Viejo Mundo. ¿Qué papel destina el futuro a la Península, y cuál será la fisonomía de esas edades venideras? La Historia no es profecía; pero el estudio de las edades pasadas deja entrever muchas veces las probabilidades futuras; y cuando, a través de todas las crisis, en medio de los ambientes más sistemáticamente adversos, observamos que el heroísmo peninsular supo vencerlo todo con su indomable energía, estamos obligados a creer que el papel de apóstoles de las futuras ideas está reservado a los que fueron los apóstoles del antiguo ideal católico."

Así habló Oliveira Martins. Más felices que él, ya presentimos bien dónde nos conduce la fuerza secreta de nuestro genio, del genio inmortal de la gran madre Hispania. Eje de la civilización, por el íntimo y completo con-

sorcio de todas sus tendencias hacia el Absoluto, con la llamarada sagrada del Cristianismo, Hispania salvó año, por la Cruz y por la espada, a la Humanidad de una noche profunda y casi sin esperanza. La misma noche se condensa trágicamente sobre nuestras cabezas. ¡Arriba, hispanos de ambas márgenes del Atlántico! Y que las estrellas del cielo y las olas del mar vean otra vez la gesta de una raza que nació para darse a Dios y a los hombres en un sacrificio ardiente y jubiloso.

FINIS LAUS DEO

PALABRAS FINALES DEL TRADUCTOR

Antonio Sardinha nació en Monforte de Alentejo el 9 de septiembre de 1887, y murió en 10 de enero de 1925 en su casa de la Quinta do Bispo, en la plaza fronteriza de Elvas.

Se doctoró en Derecho en la Universidad de Coimbra el 25 de julio de 1911, y fué diputado monárquico, el 1918, en las Cortes de Sidonio Paes. Al siguiente año vino emigrado a España, en el mes de enero, y permaneció hasta el 13 de mayo de 1921, fecha en que pudo regresar a su patria. En los veintisiete meses que duró su convivencia con nosotros se identificó con el espíritu histórico español, desvaneció sus prejuicios hostiles a nuestra patria e hizo grandes amistades con los intelectuales que le eran más afines y también con otros que, como Araquistain, estaban muy lejos de su ideología. El conde de la Mortera, Maeztu, el historiador Ballesteros y su señora doña Mercedes Gaibrois, Vázquez de Mella; doña Blanca de los Ríos, el marqués de Figueroa, el de Lozoya, Herrera y yo, fuimos sus principales relaciones.

Estudió en Madrid considerablemente; fué recibido en audiencia cordialísima por Su Majestad el Rey y viajó con devoción extraordinaria por Castilla. Así fué surgiendo en su mente poderosa "La Alianza Peninsular".

Poeta distinguido, historiador y ensayista considerable, es en esta obra magna, verdadera biblia del hispanismo, desde el inolvidable Antonio Sardinha ha vertido la esencia de su claro talento y de su frondosa espiritualidad. Se acabó de imprimir en Noviembre del 24, dos meses antes de su muerte, y en muchas de sus páginas tiembla un eco del fuego que sostenían, mientras él trabajaba sobre las cuartillas, las tropas españolas en Marruecos.

De entonces acá, ese problema pavoroso para la Península entera, se ha resuelto, consolidándose una paz anunciada en balde desde 1909, y lográndose con ella la solución del problema más apremiante que se presentaba al Gobierno del Marqués de Estella. A partir de este momento, los éxitos políticos del general Primo de Rivera se suceden en lo económico, en lo internacional, en las cuestiones de orden interno. Se acomete inteligentemente el gigantesco plan de Obras Públicas, ideado por el conde de Guadalhorce, y se inicia con la América de habla portuguesa y española, y muy especialmente con la patria gloriosa de Alfonso Enríquez, una labor de aproximación cordial, fuera de los límites retóricos e inútiles en que con anterioridad se venía debatiendo el propósito.

Si Sardinha viviese, y con él el mejor amigo de nuestra patria, seguramente se creería en la aurora del gran día por él soñado, en que Portugal y España, íntimamente unidas en el altar del pasado y en el vínculo de un porvenir que no puede fallarnos, podrían darse la mano por cima del gran lago Atlántico de *nuestra* civilización, con los países florecientes que hablan nuestro idioma y sienten latir en sus venas nuestra propia sangre, que les dimos a lo largo de una epopeya generosa e inigualada.

¡Pero Sardinha ha muerto! Su obra y la semilla que arrojó en tantos cerebros jóvenes, nos garantizarían de antemano, sin embargo, el triunfo de ideología sostenida con tan extraordinaria exuberancia, puesta el servicio de un exaltado nacionalismo, si no comulgásemos, indepen-

dientemente de sus poderosas sugerencias, en análogas esperanzas y creencias. Para nosotros, Portugal, es la otra mitad de nuestro árbol genealógico, roto en dos pedazos, insoldables, cada uno expresión de una historia propia y personal, pero a los que un mismo viento mueve sus hojas, despertando armonías y a los que una misma tierra, la tierra rodeada por los mares y los Pirineos, la tierra que defendió a Europa de la invasión árabe y descubrió y colonizó un continente, presta su savia vigorosa. A la sombra propicia del viejo tronco partido en dos, Portugal y España han de llevar adelante su obra de cristianísima concordia y han de dar todavía al mundo el alto ejemplo de su virtud y de fuerza. ¿Qué otra cosa afirma con emoción de vidente Antonio Sardinha?

La juventud de Antonio Sardinha, segada en flor, al dejar triste y frío un hogar modelo, ha dejado también entre sus connacionales un vacío que no bastan a llenar los entusiasmos doctrinarios. Y es que Sardinha era, por encima de todo, un hombre que hacía florecer la amistad a su paso y huir las nieblas del egoísmo con el soplo de su verbo. ¿Le podrán acaso olvidar nunca Hipolyto Raposo, José Pequito Rebelo, Luis de Almeida Braga y el conde de Monsaraz, sus camaradas universitarios, que después le acompañaron en sus luchas periodísticas y políticas? Gran amigo de Eugenio de Castro, del secretario de la Universidad de Coimbra, Manuel da Silva Gayo, de Alfonso Lopes Vieira, de Antero y de Fidelino de Figueiredo, de Carlos Malheiro Dias, que publicó un libro dedicado a su memoria; de Rodrigues Cabalheiro, de Manuel Murias, que le sustituyó en la dirección de *Nação Portuguesa*, entre otros muchos, tenía también grandes afectos en el Brasil, en las personas del doctor Manuel Oliveira Lima, de Jackson de Figueiredo, y del fallecido doctor Eliseo de Carvalho. Fué un sembrador: ¡el mayor de los sembradores modernos de la raza!

Reposa hoy en la paz del deber ampliamente cumpli-

do, a la sombra de los cipreses del cementerio aldeano de Monforte de Alentejo, su pueblecito natal, y todos los españoles le debemos imperecedera gratitud; todos los que no—como yo—le deban algo más todavía: el homenaje fraternal de un recuerdo que a través de los años aún turba la mano que escribe y empaña los ojos que la guían.

Madrid, 1928.

ÍNDICE

	Páginas.
Prólogo... ..	xi
Prólogo de la edición portuguesa	1
Definiendo posiciones	9
La unidad hispánica	71
El sello de la raza	95
Genealogía de una idea	113
aL Patria portuguesa	127
Sebastianismo y Quijotismo	145
El lienzo de la Verónica	167
Pecados viejos	181
Quina de Portugal	197
Errata necesaria	213
La "leyenda negra"	229
Lo que nos divide	249
Cabeza de Europa	273
¿Estaremos decadentes?	301
¡Si todavía fuese tiempo!	325
"Mare Nostrum"	347
Palabras finales del traductor... ..	375